

**Alocución
conmemorativa del
XXV aniversario
del servicio social
de los pasantes
de medicina**

RAUL FOURNIER*

A MUY POCOS AÑOS de la independencia universitaria se llevó a cabo en nuestra Escuela una reforma de gran trascendencia: la fundación del Servicio Social para pasantes de Medicina.

El hombre a quien correspondió iniciar ese servicio, fue el Doctor Gustavo Baz, por aquel entonces Director de la Escuela de Medicina. Su conocimiento profundo de las necesidades del campo de México, que él había recorrido a pie y a caballo durante sus años de revolucionario; su gran sentido humanitario de cirujano que a diario se enfrenta con el dolor de la carne humana y, sobre todo, su extraordinario espíritu cívico tantas veces demostrado, le hicieron, a la vez, ver una necesidad y encontrar un medio de ponerle remedio: la necesidad de que los beneficios de la medicina moderna lleguen a todos los ámbitos de nuestra República, y, como medio para lograrlo, la utilización de los arrostos juveniles de las nuevas generaciones médicas. Cierlo que, como en todo buen programa social, las ventajas iban a ser recíprocas, pues los pasantes, a cambio de su abnegación, de su entusiasmo, recibirían los beneficios de una experiencia fructífera e imborrable.

Para llevar a cabo éste proyecto era necesario que el Estado protegiera al pasante económica y moralmente, para que pudiera atender las necesidades de salud de los grupos sociales desprotegidos médicamente.

El Dr. José Siurob, en aquellas fechas Jefe del Departamento de Salubridad Pública, comprendiendo la importancia del asunto, obtuvo la aquiescencia y decidido apoyo del Sr. Presidente de la República

* Director de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Discurso pronunciado el 21 de Octubre de 1961, en el Auditorio de la Facultad de Medicina. U.N.A.M.

Don Lázaro Cárdenas, y organizó la ayuda para que este grupo de hombres jóvenes entonces, saliera por los ámbitos de la Patria para cumplir con una misión hasta entonces olvidada: la de prestar servicios a quienes lo necesitaban y no únicamente a quienes tuviesen dinero para pagarlos. La práctica de la medicina adquiría la categoría de una obligación social, en vez de ser mera actividad lucrativa o un "acto de caridad" cuando el médico deseaba regalar sus servicios o prestarlos a muy bajo precio.

Los pasantes sacaron ventaja educativa, social y más que nada dieron el paso definitivo en la formación de su personalidad.

Fue para ellos difícil su labor: allá, lucha contra el medio, incompreensión y pobreza; acá escepticismo y a veces franca hostilidad. Pero esas cosas por negativas que parezcan o lo sean de hecho, redundan en beneficio de quien sabe superarlas y cumplir con su deber.

Es de justicia señalar que aquello no fue obstáculo para que valerosas y abnegadas muchachas, a la par que sus compañeros varones, cumplieran su misión sin importarles lejanía y adversidades.

La sociedad pide al médico que sea un asceta o un santo, y el primer conflicto que se planteó a esos jóvenes fue precisamente el que surgió entre el ejercicio libre de su sensualidad y la obligación interna de servir y estudiar. Triunfó en ellos lo último. Atendiendo al llamado misterioso que obliga al hombre a luchar, porque de esa lucha sale la victoria, o la derrota, a veces inconscientemente apetecida, aceptaron gustosos esa ampliación del "currículum". El resultado no se hizo esperar: obtuvieron una victoria con múltiples facetas; dominaron el medio hostil, escenario de su actuación; llevaron a los más recónditos lugares de la patria la medicina; se transformaron en hombres de lucha conscientes de su medio. Quizá algunos se sintieron derrotados. Son aquéllos que al enfrentarse de pronto con la realidad de su profesión descubrieron que en el fondo nunca la amaron. Pero para ellos también el Servicio Social fue una gran cosa, pues les mostró, todavía a tiempo, que debían cambiar de camino. La gran mayoría reafirmó su vocación. Son los que triunfaron construyendo el primer eslabón de esta cadena de la que sigue formando parte cada nueva generación.

Como es natural, las cosas se han transformado con la marcha del tiempo. El país con deficientes comunicaciones hace 25 años, cuenta ahora con redes aéreas, terrestres y marítimas que permiten a sus habitantes una movilización rápida y eficaz. Los hospitales regionales son en número cada vez mayor y están mejor atendidos. La asistencia pú-

blica, el organismo de la seguridad social, y la mayor parte de las Secretarías de Estado cuentan con elementos suficientes para una mejor atención de los ciudadanos. Poco a poco este progreso ha ido desvirtuando la idea con la que fue creado el Servicio Social. Algunas veces el pasante procuró que el pueblo donde iba a presentar su servicio le ofreciera todas las comodidades y una clientela remunerativa, y se convirtió en el competidor del médico de más experiencia que, tal vez cohibido por su ignorancia, dejaba el puesto al más joven que probablemente sabría un poco más, pero que llegaba de una capital vendiendo medicamentos a bajo precio, mismos que eran regalados por los laboratorios.

Las penalidades que antes pasaron los estudiantes no se conciben ahora. Algunos perdieron la vida en su lucha contra la ignorancia y nadie ha escrito sus nombres en el santoral de nuestra institución. Muchos hay ahora que prefieren la comodidad de un hospital moderno, evitando —con buenos y honorables argumentos— salir a conocer las regiones paupérrimas de nuestra Patria para llevar su cariño, comprensión y ciencia a quienes más lo necesitan.

Por estas y otras razones que ahora no analizamos y antes de terminar este mandato que me obliga a pensar y a actuar lo mejor posible en bien de ustedes, jóvenes alumnos e inminentes médicos, deseo estudiar la manera de mejorar el Servicio Social. Ya, en vías de experimentación, hemos enviado grupos de jóvenes provistos de medios de transporte y con equipo suficiente para practicar la medicina preventiva, mejorar la geomédica y enterarse de los problemas de orden sanitario, moral y médico que se presenten a su paso. El trabajo de estos grupos ha sido bueno y sus resultados magníficos, faltando por el carácter experimental de la obra, continuidad y método. Algunos grupos han llevado a los enfermos a hospitales cercanos, aprovechando así las facilidades existentes en cada lugar.

Como ustedes probablemente sepan, han principiado a trabajar, desde los primeros años de la carrera, las tutorías médicas. El estudiante recibe el encargo de vigilar y aconsejar a una familia de escasos recursos, para ayudarle a resolver los problemas relacionados con su salud. Cuando estos jóvenes lleguen al término de sus estudios, que está marcado por la práctica del servicio social, y salgan al medio rural, rendirán mejores frutos gracias a la experiencia adquirida en el trato con la gente, y probablemente se alejen del concepto mercantil que altera la mente de muchos médicos.

No se vaya a pensar que nuestro propósito sea obligar a todos los pasantes a seguir las mismas normas; no es así. Estamos convencidos de que también hace mucha falta entre nosotros la investigación. ¡Cuántos jóvenes manifiestan su vocación hacia estas disciplinas y creemos que alejarlos de ellas sería cometer un grave delito.

Este año salen a trabajar los pasantes internos que practicarán en los hospitales, y también ellos tendrán el privilegio de escoger entre el ejercicio clínico de la profesión y la investigación. Continuarán durante el lapso que dura el Servicio Social, por el camino que ya escogieron. Esto, para algunos observadores estrictos pudiera parecer una manera de eludir una responsabilidad, pero debe tomarse en cuenta que si ya trabajaron en los laboratorios durante una etapa de su carrera, al tiempo que han hecho sus estudios, ésta puede ser la mejor manera de facilitarles el camino que han elegido. El Servicio Social no únicamente debe practicarse en el campo o a la cabecera de los enfermos; puede hacerse también en el laboratorio tratando de resolver las múltiples incógnitas que nos rodean.

A esta generación que ahora sale, el primer consejo que debe dársele es que tenga cuidado de no contaminarse con el comercio ilícito e inhumano de la medicina. Los buenos pueblos son donde hay mayor trabajo, no donde se gana más. Que sigan el ejemplo de la generación que ahora celebra este gran acontecimiento de nuestra vida universitaria. Todos sus componentes son ahora médicos prestigiados que han sabido cumplir con los más nobles aspectos de su profesión.

A quienes se debe la implantación del Servicio Social, el reconocimiento de nuestra Facultad, pues hizo que nuestra casa fuera ejemplo y modelo a seguir. Ahora todas las Escuelas de Medicina de la provincia cuentan con Servicio Social y también otras Facultades de nuestra Universidad han adoptado este procedimiento como complemento de sus respectivas carreras.

Debemos estar orgullosos de haber sido los iniciadores de esta obra patriótica y humanitaria.